

La lenta baja del petróleo

EL petróleo importado por nuestro país en los nueve primeros meses del año nos ha costado 774.000 millones de pesetas, ligeramente por encima de los 768.000 millones del mismo período del año anterior. Pero, en realidad, este aumento del coste del crudo esconde, debido a la depreciación de la peseta, una significativa reducción del coste de los crudos de petróleo en dólares.

Y lo que sucede para España tiene igualmente validez para todo el mercado mundial, la OPEP sólo ha conseguido mantener aparentemente un precio de 34 dólares por barril debido al empeño de la Arabia Saudí, aunque para ello haya tenido que reducir su producción de petróleo de 10 millones de barriles día en 1981 a unos 5,5 millones de barriles día en 1982, bastante por debajo de los 7 millones pactados en la cumbre de la OPEP en el pasado mes de marzo.

Por el contrario, otros países de la OPEP han incumplido las cuotas, han aumentado su producción y han vendido el crudo algo por debajo de los 34 dólares por barril. Las razones son fáciles de comprender si consideramos que la actual recesión económica, junto con las medidas de conservación y sustitución de la energía de los países industrializados y la irrupción de nuevos productores no pertenecientes a la OPEP —Méjico y Gran Bretaña, por ejemplo— han hecho descender la demanda de crudos de los países de la OCDE en una fuerte proporción. Y para hacer frente a sus deudas exteriores, así como a sus programas de todo tipo, muchos países de la OPEP han tenido que recurrir a aumentar la producción y bajar precios. Pese a ello, la balanza de pagos global de la OPEP pasará de un superávit de casi 100 millones de dólares en 1980 a un déficit de algo más de 10 millones en el corriente año.

Naturalmente, este equilibrio inestable del mercado mundial de crudos con unos precios tendentes a la baja sólo podía mantenerse mientras la Arabia Saudí, el gran productor de la OPEP, y sus aliados de los emiratos árabes, estuvieran dispuestos a pagar un alto precio que se traducía en una disminución de su producción y de sus ingresos. De hecho, el «Middle East Economic Survey», publicación chipriota próxima a los saudíes, había indicado en diferentes ocasiones que, de no llegarse a un acuerdo en la próxima cumbre de la OPEP, Arabia Saudí aumentaría su producción, lo que tendría como efecto una disminución de los precios mundiales del petróleo. Mientras la cumbre de la OPEP, que debía llegar al acuerdo, ha sido aplazada en más de una ocasión, vistas las pocas posibilidades de acuerdo existentes.

Celebrada por fin el domingo y lunes pasados, la cumbre de los productores de petróleo ha conseguido un acuerdo formal consistente en insistir en la necesidad de mantener el precio del barril en 34 dólares y en aumentar de 17,5 a 18,5 millones de barriles día la producción de la OPEP. Sin embargo, no se sabe si este acuerdo formal es un acuerdo real, ya que los países no han conseguido ponerse de acuerdo en las cuotas de producción de los diferentes miembros. En este sentido las posiciones más contrapuestas son las de la Arabia Saudí, que no quiere reducir más su producción, y la de países como Libia, Venezuela y especialmente Irán, que están produciendo ya por encima de las cuotas del pasado marzo y que quieren ver reconocido su derecho a dicha producción. Detrás de todo ello se perfila la estrategia de Irán (que quiere pasar su cuota de 1,5 a 3,2 millones de barriles día), que parece dispuesto a luchar con la Arabia Saudí por el liderazgo de los países productores de petróleo, lucha en la que debe tener gran importancia el apoyo saudí al Irak en el reciente conflicto irano-irakí.

¿QUE va a pasar ahora? ¿Cuál va a ser el comportamiento de los saudíes? La verdad es que el prudente ministro del Petróleo, Yamani, ha alternado las filitriciones que amenazaban con un aumento de la producción saudí o una directa rebaja de su precio, con la circunspección más exquisita en las manifestaciones públicas. Es muy posible que la Arabia Saudí esté dispuesta —para evitar una guerra de precios entre productores y la posible desaparición de la OPEP— a mantener el precio actual de su petróleo, siempre y cuando ello no le obligue a mayores reducciones en su producción. Y es posible que esta situación se pueda mantener en los actuales meses de invierno, en los que existe una fuerte demanda de crudos por parte de los países consumidores. Sin embargo, las especulaciones se hacen más difíciles sobre lo que ocurra a partir de la próxima primavera, cuando la demanda mundial de crudo descienda, y máxime cuanto las perspectivas de una clara recuperación económica mundial son cada vez menos seguras.

Para los países consumidores, entre los que claramente nos encontramos, lo más destacable es que los precios del crudo no parece que tengan que aumentar en el transcurso de 1983 sino, en todo caso, lo contrario. Se trata de una buena noticia, ya que ello puede colaborar a reducir las tensiones inflacionistas de las economías occidentales y, por lo tanto, favorecer la ansiada recuperación económica. A medio plazo las consecuencias de un descenso del crudo del petróleo son más ambiguas ya que puede favorecer un mayor desorden económico internacional con los subsiguientes riesgos de crisis financiera y hacer olvidar los programas de conservación y diversificación de la energía. Esto podía causar a más largo plazo una explosión de precios similar a la de 1973-74 y 1979. Quizás por ello lo mejor fuera una estabilización del precio de los crudos, lo que en el fondo significaría una disminución no traumática de sus precios reales.

La prosperidad del año

Buenos augurios, o no tanto

DE unos años a esta parte, la afición a intercambiar «christmas» ha disminuido de manera considerable. No sé si la costumbre de hacerlo era poco o muy antigua: en todo caso, se convirtió en moda casi frenética. Y no estaba mal, dicho sea de paso. Resultaba agradable recibir, por las fechas que corren, el recuerdo de parientes, amigos y conocidos, a quienes tal vez teníamos medio olvidados, y al devolverles la felicitación uno se sentía también bastante reconciliado con la propia conciencia. Pero ya eso pasó a la historia, aproximadamente. No del todo, desde luego, y todavía nos llega algún que otro tarjetón ornamentado, o de procedencia íntima o meramente formulario. Lo verificable es que el «christmas» cae en desuso. Y se comprende. El material a enviar, las tarifas de correos, se han puesto por las nubes, y los bolsillos de la gente no están para bromas. Al fin y al cabo, se trataba de una simple cortesía, de la cual se puede prescindir sin que nadie se deba sentir ofendido. Me temo, además, que igualmente flojean los ritos familiares del vistito y las estrenas o aguinaldos. Los tiempos cambian.

Sea como fuere, me asalta la sospecha de si no habrá, interferido, otro factor que contribuye a estas decadencias. Las fórmulas habituales solían implicar, entre otros buenos deseos, el de un «próspero año nuevo», y la verdad es que, tal funcionan los asuntos públicos y privados, esa hipotética «prosperidad» no acaba de ser convincente, ni siquiera imaginable. El «buen deseo» puede seguir siendo tan sincero como convenga, y merecerá las mayores gratitudes. Pero da una cierta vergüenza expresarlo cuando se sabe de antemano que la «prosperidad» en cuestión —y excepciones y chambras a un lado— queda descartada. La «crisis» afecta al gesto moral tanto como a lo que cuestan sobre, «christmas» y sello. O más aún. La euforia navideña, hace unos cuantos lustros «industrializable» en este asunto, se ha deshinchado. El futuro inmediato es notoriamente lúgubre. ¿Quién iba a creer que las alegrías de «consumismo» —incluso cuando tanto las alegrías como el consumismo eran tan módicos— se desvanecerían así, de la noche a la mañana?

NADIE se atreve a mencionar lo del «próspero año nuevo». Quizá sí, en familia, en un brindis de sobremesa, después del pequeño exceso gastronómico, se repita el voto. Y no estoy demasiado seguro de que siempre ocurra así. Antes que en la «prosperidad», el vecindario pensará en la «salud», por ejemplo. «¡Para que la próxima vez volvamos a reunirnos!», dirán. O: «¡Felicidades!» La felicidad, según los entendidos —aludo a los «moralistas»—, puede producirse entre estrecheces o austeridades. No lo negaré: entre otras razones, porque eso de «ser feliz» me parece una bobada indefinible. Uno puede estar «contento», o «cómodo», o «inconsciente»: cosas que, a veces, pasan. Pero, ¿«feliz»? ¿Qué quiere decir ser o estar eso, exactamente «feliz»? Para la mayoría de los habitantes de nuestras latitudes, el «día más feliz de nuestra vida» tuvo que ser el de la «primera comunión». Así lo hacían constar las estampitas conmemorativas. Y no conozco a nadie que conserve la menor memoria de aquella presunta «felicidad» sacramental. Puede que los entusiasmos de una luna de miel admitiesen el adjetivo. Hoy, con la fluencia de las «relaciones prematrimoniales» —que a menudo no terminan en matrimonio—, ya ni eso. Y, en definitiva, «ser feliz», si alguien se obstina en serlo,

basta con el propósito... ¿Pura ilusión del espíritu? Pues eso. Y no cuesta nada: las llamadas «ilusiones del espíritu» son baratísimas.

Lo malo, insisto, es la «prosperidad». Los economistas más sesudos, los políticos que no se chupan el dedo, cualquier ciudadano en sus cabales, ya lo dicen, y lo saben aunque no lo digan. Mañana será una eventualidad ferozmente amarga. El embrollo en que nos vemos metidos es tan oprobioso, que ni Dios que bajase del cielo lo llegaría a arreglar. La reflexión, por supuesto, tendría que hacerse estadísticamente. Tal vez usted o ustedes no se vean individualmente acogotados por la amenaza. ¡Enhorabuena! Pero la mayoría, y no sólo los pobres, padece obvias migrañas de detrás de cambio, salarios, créditos insidiosos, si nos limitamos a contar con el dinero. Y el dinero no lo es todo: también está el bazo, el reuma, el colesterol, la carretera y sus asesinos, los otros asesinos, el nene subnormal, el cáncer, la irremediable vejez y todo lo demás. Pero el dinero es esencial. Todo eso del dinero ya lo explicó hace un siglo don Carlos Marx, y tampoco él se inventaba nada. Las perspectivas angustiosas, las primeras en sentir, vienen de ahí. «Los duelos con pan son menos», reza el refrán carpetovetónico. Un hígado doliente, pongo por caso, podía tener la compensación de ser «próspero». Balzac escribió muchas novelas con el tema. Y no sólo Balzac.

Y la «prosperidad» nos viene negada. Ciertamente, la «prosperidad», como todo lo de este universo mundo, no deja de ser una estupidez conceptual —además de ser una realidad material de padre y muy señor mío—: «relativa», quiero decir. Para unos, un «próspero año nuevo» podría reducirse a unas pocas pesetas más a finales de semana; para otros, tendría que ser un paquete enorme de billetes cada día. Los baremos, en esto, son de una falta de lógica genial. Y lo malo es que, en los augurios medianamente creíbles, es que, las consecuencias de la larga «crisis» que padecemos, las padeceremos unos más que otros. «Siempre habrá pobres entre vosotros», dijo el Cristo. «Procurad que no sean siempre los mismos», apostillaba don Eugenio d'Ors, que no se dedicaba a la exégesis bíblica pero que, de vez en cuando, como buen «conservador», daba consejos lúcidamente conservadores... Y...

AHORA, en mi divagación, me gustaría detenerme un momento en lo que acabo de decir. Tampoco estaría desplazado hacerlo, en esta ocasión tradicional y tradicionalista de la Navidad, la Circuncisión y la Epifanía. Cuando uno mira a su alrededor y oye las fabulosas mameces que suelen proferir los políticos autotitulados «conservadores» —los políticos y los «poderes fácticos» en que se apoyan—, la propensión a estremecerse es absoluta. «Procurad que no sean siempre los mismos...» ¡Pobre señor Ors!... Dejémoslo en su purgatorio y sigamos. De hecho, si no entiendo mal lo que acontece en los territorios de la Monarquía, los prudentes «conservadores» visibles son, paradójicamente, los «socialistas». Lo han sido todos los socialistas que han ocupado el poder, dentro de un «modelo de sociedad» que es, en última instancia, capitalista. A los socialistas españoles les corresponde históricamente sacarles las castañas del fuego a la sempiterna «clase dominante», y contra ella, o contra lo que ella cree. Me temo que chocarán contra una estolidez granítica. Y es que los altos dignatarios del microca-

pitalismo local, puestos a no leer —eso fastidia a los ojos—, ni se han interesado por la caústica fábula de «El gatopardo».

Celebrando el Nacimiento del Redentor, los clérigos rurales y hasta lo que en Derecho Canónico designan como «ordinarios del lugar», proyectarán sus afectuosas homilias. Teológicamente, y habla un profano, incluso un pagano —y no lo soy: He recibido cuatro de los siete sacramentos, hasta ahora—, lo importante es la Resurrección. «Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe», escribió san Pablo, si no me equivoco (y no me equivoco). Pero la Navidad, la Navidad, el Nadal, también sería aprovechable. La Iglesia, «poder fáctico» de capa caída, pero todavía «poder fáctico», y por tanto «conservador», podría levantar la voz, su voz, por lo menos, para salvar lo suyo: su clientela. Y también lo harán por ellos los socialistas. La Constitución vigente declara que el Estado español no es «confesional», y eso es otra mentirijilla legal. La «transición», bendecida por el cardenal de Burriana, está llena de misas, de crucifijos, de meapilas. La UCD nunca fue un partido: fue una cofradía. Como Alianza Popular. Como la patronal.

No caeré en la trampa demagógica del anticlericalismo. No hace falta. El anticlericalismo, aquí, nunca fue demagógico: fue racional. Sus derivaciones asoladoras son otra historia, y vendría preguntar —archivos quemados, bellas iglesias devastadas, doctos tonsurados asesinados— de quién fue la culpa... Hoy hemos de preguntarnos de quién es la culpa de que las Navidades ya sean un festival laico... Pero, sobre todo, la «crisis» económica actual es no-cristiana, salta a la vista. Procede de los moros y de los judíos, dueños y señores del oro amarillo, del oro negro, y de los diamantes. O sea: de las multinacionales... Para ellos, el «año nuevo» será «próspero» o no: pero sí más «próspero» que para los demás, Don Américo Castro habría dicho: «¡Ciertos son los toros!». Cuantas veces he escrito en este periódico Jew-York en vez de New-York, un atento corrector me emendó la plana. New-York es Jew-York, y de ahí el prodigio de Israel. Yo, más que probable descendiente de hebreos catalanes, he sido un sistemático enemigo de la rabinería. Y también de esa coña alcoránica, dictatorial o dinamitera, de los jemes, los morabitos y los coroneles (y demás fauna) de la «francophonie».

Desengañense ustedes: no habrá «prosperidad» para el 83. Y ya será mucho si los «socialistas» desde la Moncloa y sus sucursales provincianas atenúan el riesgo. Que lo atenuarán, sin darse cuenta, a beneficio de los bancos importantes y de las empresas vacilantes. No depende de ellos. Ni depende del señor Ferrer Salat y sus adláteres, que tampoco saben lo que se hacen y qué hacer. Espectáculo más triste que da la actual burguesía celtibérica, por pura ineptia, no figura en los anales del país. Nunca la burguesía española, ni siquiera la catalana o la vasca, estuvo a la altura de las circunstancias. Ni Cambó, por citar un emblema. Y ocurrió lo que ocurrió. Ahora tienen la oportunidad de entenderse con unos socialistas respetuosos, que, si algún día cantan «La Internacional» es para apaciguar sus remordimientos. Y la burguesía española —lo he dicho más de una vez en estas páginas— aún se horripila ante «La Marsellesa» y la toma de la Bastilla. Todo eso huele a Antiguo Régimen: más que a Franco, a Carlos III.

¿«Próspero año nuevo»?

Joan FUSTER

Cartas de los lectores

Sólo publicaremos —íntegras o condensadas, según el espacio de que dispongamos— las cartas breves, escritas a máquina, a dos espacios, por una sola cara, de no más de un folio y que puedan ser firmadas con nombre y apellidos. Recordamos a nuestros comunicantes que han de constar sus señas completas y que no mantenemos correspondencia, ni atendemos visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas de esta sección. Cuando los lectores lo deseen, y si el tema se presta, pueden enviar sus cartas ilustradas con fotografías.

La marginación de los deficientes mentales

Señor Director: El pasado 17-12-82 TVE presentaba un programa exponiendo la situación de un grupo de personas de raza negra en el Maresme, reclamando unos derechos totalmente justificados: tanto desde el aspecto humano como legal.

La Constitución preconiza la igualdad de derechos para todos los ciudadanos, pero existe un grupo de ellos, las personas con deficiencia mental, que desgraciadamente en demasiadas instituciones viven hoy en unas condiciones sanitarias, de higiene, de trato y ambiente afectivo muy por debajo de lo que debe considerarse como condiciones normales y humanas de existencia. Desde el hacinamiento en sótanos sin ver la luz del día, hasta niños aptos para la educación atados en camas, pasando por torturas y tratamientos con sobredosis de psicofármacos y otras situaciones que el falso pudor, para no provocar angustias, invita a silenciar.

El discurso moral que afirma su dignidad como seres humanos, sólo sirve para acallar el malestar de conciencia ante el abandono que padecen; falta el

compromiso social, público y político que acabe con la precaria situación en que se encuentran. La Declaración de Derechos no pasa a su efectivo cumplimiento.

Y me parece injusto, sectario y partidista, no el defender unas justas reivindicaciones, como el caso de los negros del Maresme, sino el olvido y la indefensión de otro grupo de ciudadanos, que con el mismo potencial de vida y felicidad ven coartadas sus posibilidades por una respuesta social desigual, discriminatoria y marginante.

Es preciso que el Gobierno, partidos políticos, centrales sindicales, municipios, instituciones sociales, jurídicas, médicas y pedagógicas, y cada uno de nosotros como miembros integrantes de la sociedad, tomemos conciencia real del problema, nos pongamos en su lugar y actuemos en consecuencia.

Pascual BALANA CRESPO (Presidente de ASPANIAS)

Folleto para ahorrar energía

Señor Director: En su periódico del 20-12-82 y en esta misma sección, se insertaba una carta con este mismo título firmada por el señor Narciso Costa, a quien debemos agradecer su comunicación, que nos ha hecho revisar el estado en que se encontraba la distribución de los mencionados folletos para ahorrar energía, y que nos permite informarle.

El Departament d'Indústria i Energia, después de llegar a un acuerdo con las Cajas de Ahorro radicadas en Cataluña, procedió a la distribución de los mencionados folletos entre los días 2 y 11 de diciembre a los almacenes centrales de las Cajas de Ahorros para que, a su vez, los distribuyeran a sus respectivas agencias, como así se han hecho, hasta agotar sus existencias, y en estos momentos estamos suministrando más

materia para cubrir aquellas agencias que, por el motivo que sea, no han podido disponer de suficientes ejemplares.

Con estas medidas, señor Director, esperamos que todo aquel que lo desee pueda disponer de un ejemplar de este folleto.

Joan VALLVE I RIBERA (Secretari general tècnic del Departament d'Indústria i Energia)

Alternativas

Señor director: Políticos y comentaristas nos hablan a diario de las «dos alternativas» que tenemos, por ejemplo: ingresar en la OTAN o quedarnos al margen.

Según el Diccionario de la Lengua Española «alternativa» significa «opción entre dos cosas», de manera que en este caso disponemos de una (sola) alternativa, pero en modo alguno de dos.

Por favor, señores, hablemos con más propiedad y no abusemos tampoco de esas lindezas tan de moda, como «seguimiento» en vez de «vigilancia» o «contemplar» en lugar de «considerar».

¿Acaso no tenemos algunos estudios?

Jorge HEIMANN